

Presencia paterna en un mundo cambiante¹



HERIBERT BLASS²

DOI: 10.36496/N136-137.A1

ORCID ID 0000-0002-8004-1288

RECIBIDO: ABRIL DE 2023 | ACEPTADO: MAYO DE 2023

RESUMEN

En los últimos más de cincuenta años, ha habido un cambio significativo en la comprensión de la posición del padre y su sentido en el desarrollo del niño. Mientras que, previamente, el padre era visto más como una persona distante y, en términos de la concepción freudiana de la constelación edípica, como un mediador de las prohibiciones edípicas para establecer el orden simbólico, un giro cultural ha llevado a nuevas constelaciones familiares y a nuevas concepciones de la posición del padre. Este trabajo se propone comparar y relacionar las recientes perspectivas psicoanalítica y de la psicología evolutiva sobre la importancia del padre con el concepto clásico del Edipo. Basado en la función básica del padre de proteger al hijo/a [*child*], el trabajo distingue la protección paterna de nivel preedípico de la de nivel edípico. Ambas se

1 Trabajo presentado en una reunión científica de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay, el 10 de marzo de 2023.

2 Miembro de la Asociación Psicoanalítica Alemana. heribert@blass.io

complementan mutuamente y, de acuerdo con el autor, en una «posición antiincestuosa» del padre. Esta tesis es ilustrada a través de un ejemplo clínico.

DESCRIPTORES: FUNCIÓN PATERNA / PATERNIDAD / CUERPO ERÓGENO
/ PROHIBICIÓN DEL INCESTO / CULTURA / MATERIAL CLÍNICO

SUMMARY

Over the past more than fifty years, there has been a significant change in the understanding of the father's position and meaning in child development. Whereas previously the father was seen more as a distant person and, in terms of the Freudian conception of the Oedipus constellation, as a mediator of Oedipal prohibitions to establish a symbolic order, a cultural shift has led to new family constellations and to new conceptions of the father's position. This article aims to compare and relate recent psychoanalytic and developmental psychological views of the importance of the father with the classical Oedipal concept. Based on the basic father function of protecting the child, a father protection on the preoedipal level and oedipal level are distinguished. Both complement each other and, according to the author, lead to an «anti-incestuous position» of the father. This thesis is illustrated by a clinical example.

KEYWORDS: PATERNAL FUNCTION / PATERNITY / EROGENOUS BODY
/ INCEST PROHIBITION / CULTURE / CLINICAL MATERIAL

INTRODUCCIÓN

En los últimos cincuenta años, se ha desarrollado un cambio considerable en el mundo y la cultura occidentales. En el actual discurso de género sobre las identidades masculina y femenina, así como en el contexto de una gradual redistribución del trabajo en la sociedad, han surgido nuevas estructuras familiares que también desafían el rol tradicional del padre. En ocasiones, incluso el progreso técnico parece tener un efecto relativizador, ya que, a veces en tono de broma cómplice, a veces con decidida seriedad, me han dicho en sesiones de análisis que la posibilidad técnica de la donación de esperma haría mayormente prescindibles a los hombres y a los padres hoy en día –por supuesto que tales afirmaciones deben siempre ubicarse en su respectivo contexto transferencial-. Sin embargo, a menudo expresan decepción sobre el propio padre o compañero. En este sentido, la necesidad de la presencia paterna es habitualmente mayor que el deseo de la desaparición paterna. Pero la incertidumbre permanece, y entonces no es sorprendente que el cambiado rol del padre sea cada vez más frecuentemente tema de libros, revistas y diarios. De todas formas, afloran aspectos más cuantitativos que cualitativos.

Hace algunos años, encontré un artículo en un diario bajo el título «La generación de los super padres» [«Die Generation der Superväter»] (Gaschke, 4 de octubre de 2015), de acuerdo al cual 70% de los jóvenes padres de hoy juzgan que su *rol en la familia* ha cambiado marcadamente en comparación con el de sus propios padres, y lo valoran como una ganancia personal. Además, 80% de la población alemana esperaría hoy en día que un padre pasara tanto tiempo como le fuera posible con sus hijos. Y 76% de hombres jóvenes de entre 20 y 39 años querrían una compañera que *contara con ingresos propios* para vivir.

Esa última expectativa indica un cambio dramático respecto de la realidad ¡cincuenta años atrás! La introducción de la licencia laboral por paternidad en 2007 –*Bundeselterngehd und Elternzeitgesetz* (BEEG)– también representó un cambio social, con 43% de los padres que aprovecharon esta licencia paternal en 2022. Del total, sin embargo, la mayoría –concretamente, 75%– solamente eligió la duración más corta posible, de dos meses (Brehm *et al.*, 14 de diciembre de 2022). Hay mucha discusión

sobre la interpretación positiva o negativa de estas cifras. Sin embargo, no quiero abordarla en mayor profundidad, sino más bien enfocarme en la cuestión cualitativa y, por tanto, psicoanalítica: *si* un padre está presente, ¿cómo puede estar presente para sus hijos, para su pareja y, por supuesto, para sí mismo?

CUALIDADES DE LA PRESENCIA PATERNA

¿Cómo se siente ser un *padre* después de *convertirse en un padre*? Me he encontrado con esta pregunta no solo conmigo mismo, sino repetidamente también con analizando varones en el curso de mi práctica clínica. La pregunta también surge cuando un hombre, en el contexto de las nuevas constelaciones familiares, no asume una paternidad biológica, sino social y, por lo tanto, también significativa.

La presencia paterna marca entonces una *cualidad* no solamente biológica, sino, sobre todo, *psicológica*. Sin embargo, el desarrollo psicológico en el contexto de la paternidad biológica ofrece el modelo básico para cualquier otra forma de paternidad, que hace a una presencia paterna posible en primer lugar. Elijo esta fuente biológica-psicológica como un punto de referencia para las ideas que desarrollaré y, asimismo, para la siguiente definición: como contraparte de lo maternal [*motherliness*], lo paternal [*fatherliness*] se basa en una relación amorosa de afirmación de la vida, y en este vínculo se conecta tanto física como imaginativamente con la procreación de la vida y de algo vivo. A partir de esta cualidad esencialmente creativa, se desprende, como otra característica de lo paternal, la defensa para su protección de esa vida en crecimiento, y llevar adelante la tarea requiere estar atento a la propia esposa como compañera y madre, al igual que al hijo que se comparte. Considero que la *procreación* y la *protección de la vida* son los dos pilares esenciales de lo paternal. Ambas pueden hallarse, más allá de su significado biológico inmediato, como actitudes mentales maduras en el mundo de las representaciones mentales de un hombre. No están entonces solo biológicamente vinculadas. No es coincidencia que en distintos contextos sociales se hable del «padre fundador» de un grupo u organización, y el acompañamiento atento o la guía de las estructuras en formación es una de las expectativas generales

respecto de ese tal padre fundador. La importancia de la función primariamente protectora del padre es, desde mi punto de vista, indiscutible en la literatura psicoanalítica. Es así como el padre fundador Freud (1930 [1929]/2001) habla de no poder encontrar «en la infancia una necesidad de fuerza equivalente a la de recibir protección del padre» (p. 73)³, e incluso D. Winnicott (1964/1984) –por el contrario, más interesado por la madre– valora el «apoyo moral a la madre» (p. 97) por parte del padre, su función «como un hombre que defiende el orden y la ley que la madre implanta en la vida del hijo» (p. 97) como una experiencia que el hijo necesita. M. Diamond (1997) habla de una «atenta protección paterna» (p. 445) del hijo. De acuerdo con J. Herzog (1994), la protección paterna se aplica no solo al hijo, sino también por momentos a su madre, cuando el esposo «parentaliza [*parents*] a su esposa» (p. 301). De este modo, el padre se ubica entre la madre y el hijo en una etapa muy temprana, y completa la diada madre-hijo para formar un triángulo familiar. Por supuesto que, en ese triángulo, el padre no se limita a su función protectora, ya que, en un desarrollo maduro, los padres retoman su vida sexual adulta. Sin embargo, esta transición es a menudo difícil y propensa a perturbaciones para bastantes parejas. Las disposiciones individuales de ambos integrantes de la pareja determinan aquí la futura relación. En cuanto al padre, el futuro del triángulo familiar estará determinado sobre todo por sus cualidades anímicas, las que Meltzer (Meltzer *et al.*, 2008) describe como «bondad, creatividad, utilidad, coraje, etc.» (p. 63). En mi opinión, estas cualidades abarcan todos los aspectos tempranos y posteriores de la paternidad. Al mismo tiempo, contienen un potencial para el conflicto que emerge en el curso del desarrollo del niño y de su familia, y en el que la relación entre la bondad y el coraje particularmente figuran la forma de la paternidad. Retomaré este punto en el ejemplo clínico.

Volvamos a la cualidad psicológica de la paternidad: de la misma forma que la paternidad no se encuentra unida exclusivamente a la paternidad

3 N. del T.: Traducción de J. L. Etcheverry. La traducción, así como el número de página, corresponde a: Freud, S. (1992). El malestar en la cultura. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 21, pp. 57-140). Amorrortu (Trabajo original publicado en 1930 [1929]).

biológica, las cualidades recién mencionadas no tienen que estar necesariamente unidas personalmente a un padre. H. G. Metzger (2013) habla de un «espacio paterno» (p. 23), representado por el padre, pero también por la madre, porque la madre también le trasmite al hijo la imagen de varón representada en ella, y de esta forma contribuye a delinear el espacio paterno (p. 25). Puedo seguir fácilmente esta concepción ampliada de la paternidad, basada en las ideas de Klein (1932/1998), Lacan (1953/1966) y Ogden (1989), por ejemplo. Por razones de presentación, sin embargo, me concentraré ahora en la persona del padre en la dinámica triangular del desarrollo psíquico y también incluiré la significación del cuerpo paterno.

SOBRE LA POSICIÓN DICOTÓMICA DEL PADRE

El padre protege al hijo física y emocionalmente. Me parece que tiene sentido hablar de una *posición dicotómica del padre* en la relación con su hijo y en la experiencia mutua de padre e hijo. Permitir el amor y la ternura es aquí tan importante como tolerar y lidiar con los sentimientos de rechazo, incluso de odio, que de forma gradual o repentina irrumpen en una relación originalmente armoniosa. Además de la indispensable experiencia de ternura, la integración mental de los afectos agresivos en la relación padre-hijo en particular ayuda en la provisión de protección psicológica, que se transforma en la base de una autoestima estable y una duradera capacidad para establecer relaciones amorosas llenas de vida. Pongo énfasis en esta dicotomía porque solamente se puede desarrollar en una continua y prolongada relación y porque, por el contrario, muchos niños hoy en día crecen sin un padre o, debido a separaciones tempranas, con una pérdida cuando menos parcial de su padre. En el contexto de familias amalgamadas [*patchwork*], es posible encontrar un nuevo padre social. Para los padres sociales en particular, no obstante, puede resultar difícil no caer ni en una actitud exclusivamente concesiva ni en un completo rechazo del hijo. Mantener un equilibrio entre los sentimientos de amor y odio, que de por sí es difícil en las relaciones de consanguinidad, puede volverse precario en esta situación. Resulta fundamental conocer la inevitablemente conflictiva y dicotómica posición del padre en un vínculo duradero, que nosotros como psicoanalistas representamos tanto en la

sociedad como en nuestros tratamientos. De esta forma, podemos hacer una contribución contra la trivialización de los traumas por crisis y separaciones en las relaciones tempranas y podemos buscar en nuestros análisis reintegrar una u otra parte perdidas de una «parentalidad fragmentada» (Metzger, 2013, p. 17) hacia una imagen del padre más consistente.

Déjeme ofrecerles un ejemplo clínico: un hombre de mediana edad, el Sr. A, describía a su fallecido padre como un pelotudo [*asshole*] en nuestra entrevista inicial. Aunque este insulto ya muestra una cierta cercanía a una carga afectiva homoerótica⁴, me sorprendió cuando, al comienzo de su análisis, comenzó a recordar escenas de ternura corporal de sus tempranos días con su padre. Disfrutaba mucho recostarse en el diván, en su contrariamente deprimido y tenso estado. Asociaba el sentimiento de alivio con la gorda y suave panza de su padre, sobre la que había podido tiernamente hundir su cabeza cuando niño. Describía una armoniosa intimidad marcada por un suave y blando cuerpo paterno, sin ninguna tensión agresiva entre él y su padre. De manera similar, parecía usar las sesiones conmigo como una liberación de su vida diaria y de sus disgustos, ya que decía que se sentía mejorado en el análisis y que gradualmente encontraba la vitalidad nuevamente. Después de algún tiempo, sin embargo, expresó la idea de que su padre también había usado la expresión de afecto para su propia validación. Recordó historias presuntuosas en las que el padre se presentaba como un héroe en situaciones difíciles y esperaba su admiración. Como resultado, el Sr. A había empezado a dudar de su padre cada vez más a partir del comienzo de su preadolescencia y había empezado a contradecirlo de manera reiterada. Los relatos compinches sobre los amoríos sexuales anteriores del padre también se le habían vuelto demasiado cercanos. En disputas cada vez más frecuentes, su padre y él habían estado cada vez más enojados, pero también desesperados. Una vez su padre estaba tan enfurecido que lo persiguió por el jardín con una pala. Como niño, sin embargo, era más veloz y logró escapar al principio. Entonces el padre sufrió una crisis emocional, corrió hacia su moto y comenzó a darle arranque, haciendo rugir al motor. El Sr. A trató en vano de

4 N. del T.: *asshole* es un insulto; literalmente, «agujero del culo».

enfrentar al padre e impedirle salir disparado en precipitada excitación. El Sr. A se quedó solo. Durante su relato, el Sr. A me hizo sentir claramente que la resignación de su padre le resultaba más deprimente y peor para él que la violenta discusión precedente. Mi comprensión de la situación era que el padre del Sr. A se había dado cuenta de la pérdida de su soberanía afectiva, así como de su compromiso homoerótico-agresivo con su hijo, y había huido de la situación. Como resultado, el Sr. A había vencido a su padre, pero también había perdido algo para sí mismo en relación con la frustración y la huida de su padre. Mientras describía la escena, yo me preguntaba qué me esperaba en el curso del análisis.

Antes de entrar en eso, me gustaría usar la narrativa del Sr. A para describir algunas características generales de la paternidad temprana y tardía, pero también para ilustrar la relación conflictiva entre las dos actitudes.

SOBRE LA SIGNIFICACIÓN DEL CUERPO PATERNO

En primer lugar, la viñeta remite a la temprana significación del cuerpo paterno. La posibilidad de tocar el cuerpo paterno recién fue admitida socialmente en las culturas occidentales a partir de la segunda mitad del siglo pasado. En épocas tan tardías como el comienzo del siglo pasado y entrando en el período temprano de posguerra, el padre aún era considerado una persona físicamente distante. El cuidado temprano del hijo por parte del padre no era considerado como propio de hombres. Estas condiciones han ido cambiando desde entonces. La periodista Sibylle Tönnies (30 de agosto de 2009), por ejemplo, ha caracterizado el deterioro social del padre patriarcal con la pregunta: «¿Quién todavía encontraría atractivo a un padre que no sabe cómo sostener a un hijo en brazos?» (p. 11). La investigación psicoanalítica del desarrollo y la del apego también confirman la importancia del cuerpo paterno. Desde un comienzo, abre una perspectiva que conduce al hijo a un mundo que se encuentra por fuera de la relación con la madre (cf. Abelin, 1971, 1975; Rotmann, 1978) porque, desde los muy primeros días de vida, los padres tratan a sus hijos *de forma distinta* que las madres. Mientras que las madres tienen un contacto físico más cercano de nutrición, los hombres son *más distantes* en su

relación física con sus bebés, haciendo uso de la imitación, las muecas y la estimulación visual. Esta otredad del padre es interesante para los hijos porque posibilita nuevas experiencias. Nuevas experiencias son provistas por el contacto físico a menudo más riesgoso del padre con sus hijos, por ejemplo, cuando los padres lanzan a sus hijos por los aires, se balancean de arriba a abajo con ellos o hacen girar a sus bebés alrededor de sus propios ejes corporales. Estas acciones *peligrosas limitadas* están habitualmente asociadas con experiencias de placer mutuo para padre e hijo. Construyen confianza en las habilidades de sostén del padre de cara al peligro y estimulan experiencias corporales activas. Herzog (1994) ha llamado «juego kamikaze» a este juego corporal. La presencia corporal-emocional de un padre así de activo contribuye grandemente a la regulación afectiva del niño. Al mismo tiempo –y esto es una perspectiva genuinamente psicoanalítica que los investigadores del apego suelen desatender– este contacto físico también envía «mensajes enigmáticos» por parte del padre, que, junto con los enviados por la madre, contribuye al desarrollo de la sexualidad infantil del hijo (Laplanche, 1987/2011).

Incluso el padre temprano establece las primeras huellas de la identidad de género del hijo. En general, la especificidad del contacto físico paterno se encuentra en la promoción de la conducta exploratoria y expansiva, tanto en varones como en niñas. Sin embargo, los investigadores del desarrollo hacen énfasis en la existencia de diferencias específicas de género en la interacción del padre con su hijo y con su hija, y así, el padre experimenta a su hijo varón más como un espejo de sí mismo, mientras que puede permitirse más diversidad con su hija (Seiffge-Krenke, 2001). Con una hija, los hombres habitualmente son más cautelosos y tiernos, mientras que en su interacción con un hijo se muestran más combativos, pero también disciplinarios. Desde un punto de vista psicoanalítico, ambos sexos necesitan que su padre desarrolle en su interior las fantasías inconscientes eróticas y agresivas de ambos, que fluyen en dirección de la constitución de su propia sexualidad. Aunque hay énfasis específicos de género en la forma en la que los padres interactúan con sus hijos, las atribuciones de género clásicas se han vuelto fluidas. Una relación tierna entre el padre y su hijo varón no significa una homosexualidad manifiesta, de la misma forma en que un juego físicamente más intenso entre una hija y su padre

no conduce automáticamente hacia la emergencia de un «marimacho» [tomboy]. Un contacto tierno padre-hijo varón puede ayudar a prevenir que el inevitable conflicto edípico se vuelva destructivo. A la inversa, en el encuentro lúdico temprano con el cuerpo del padre, una hija puede desarrollar su propia vitalidad corporal, consciente e inconscientemente. De acuerdo a Harris (2009), un «erotismo controlado» de parte del padre juega un rol significativo en la libidinización de la niña. Según la autora, las niñas que no reciben de sus padres una respuesta físico-emocional jubilosa frente a su vitalidad se ven inhibidas en el desarrollo de su autoestima femenina. Un padre que se aparta cuando su hija adolescente cambia puede ejercer una influencia mortífera sobre su agresión, su ambición y su sentido del poder.

En su conjunto, todos estos aspectos subrayan la cualidad básica como objeto-libidinoso de la presencia paterna. Él es diferente de la madre, pero está amorosamente conectado con ella y tiene una activa influencia estimulante sobre el despliegue del poder y el erotismo, tanto sobre sus hijos como sobre sus hijas.

EL CUERPO PATERNO EN EL SR. A

El Sr. A describía un cuadro similarmente afectuoso de su padre temprano. Incluso la imagen de recostarse tiernamente sobre la panza «como embarazada» deja claro que en este caso las imágenes de objeto paterno y materno, masculino y femenino fluían entre sí. Con estos antecedentes, no era sorprendente que experimentara el período inicial de su análisis como tranquilizador y armonioso. En la transferencia, me percibía como más paternalmente cuidadoso porque su relación con su madre parecía más emocionalmente tensa. Aparentemente, en su relación temprana con su padre había desarrollado más apego que con su madre, y en la relación analítica revivió las experiencias tiernas y también amorosamente combativas con él. Sus comentarios sobre mí parecían en parte de cortejo, en parte de coqueteo homoerótico, pero también tenían un carácter burlón, como por ejemplo cuando me imaginaba como un niño, con un pelo en puntas y pantalones cortos de cuero. También me puso un nombre infantil. Sus afablemente presentadas fantasías evocaban sentimientos encontra-

dos en mi interior. Aparte de las reacciones divertidas, yo también sentía una cercanía intrusiva con la que él trataba de hacerme sentir pequeño para revertir así su sentimiento de ser pequeño y a merced de sí mismo. Al mismo tiempo, sexualizaba su contacto conmigo fantaseando sobre pantalones de cuero y un parcial desvestir asociado con ellos. De esta forma, me transmitía una yuxtaposición de diferentes actitudes: junto a una confianza básica con una presentación lúdica, ubicaba un erotismo, pero también sus dudas acerca de si yo podía ser tomado en serio como persona, como hombre y como padre. Yo entendía sus asociaciones cada vez más como comunicaciones inconscientes de que él no solamente necesitaba un padre afectuosamente tierno, no solo un «padre diádico» preambivalente en el sentido de Peter Blos (1985), sino que también buscaba un padre que pudiera resistirlo y resistir sus fantasías, tanto agresivas como sexuales. Buscaba a este padre en la transferencia porque carecía de esta correspondiente firmeza en sus relaciones profesionales y privadas. De forma inconexa, solamente conocía aspectos parciales tiernos o enojados de su padre. Frecuentemente lo aquejaba el sentimiento de no ser tomado lo suficientemente en serio en sus contactos, lo que yo entendía que era el resultado de una falta de seguridad en las situaciones conflictivas edípicas. Para permitir que su seguridad aumentara, hice un cambio en mis interpretaciones para enfatizar no solamente la dimensión erótica lúdica, sino para también prestarle más atención a las motivaciones de su rivalidad, las que había expresado, entre otras, en su fantasía sobre mí como un niño apático. Como resultado, cada vez relataba más sueños en los que había una persecución mutua entre dos o más hombres o grupos de hombres que lo hicieron despertar atemorizado varias veces. La temática de la agresión grave irrumpió en la atmósfera inicialmente armoniosa que había entre nosotros. Trajo consigo un estado de ánimo de acechante peligro que volvió al Sr. A más callado y al mismo tiempo más tenso.

De esta forma, después de alrededor de 150 sesiones, una nueva dimensión emergió en el análisis, la que comprendí como de protección paterna a nivel edípico. Esta dimensión más tardía de la protección paterna cambia la atmósfera anterior, al mismo tiempo que la preserva si funciona bien. Para explicar la protección paterna a nivel edípico en más detalle, dejaré la descripción del caso para realizar otra incursión por la teoría.

EL CONCEPTO FREUDIANO DEL PADRE MUERTO ¿ES AÚN RELEVANTE HOY EN DÍA?

Freud efectivamente mencionó la protección temprana del padre (ver más arriba), pero su foco principal fue la fantasía del padre asesinado que describe en *Tótem y tabú* (1913 [1912-1913]/1999). La quintaesencia de su pensamiento era que los sentimientos de remordimiento y culpa entre los hermanos conducía al hecho de que «el [padre] muerto se volvió aún más fuerte de lo que fuera en vida» (p. 145)⁵.

En la perspectiva de nuestro tiempo, Green (2009) se pregunta sobre la relevancia de este padre muerto y del registro simbólico basado en él. Según Green, la representación mental del padre muerto es el resultado de la fase edípica y, a este respecto, solamente ayuda en la comprensión de los síntomas neuróticos. Green explica que las estructuras psicóticas y fronterizas [*borderline*] del presente carecen justamente del padre edípico que ha sido asesinado. Las personas con estas estructuras solamente conocen a un «padre en potencia» (p. 37). En la forma en que lo entiendo, la traducción al alemán de esta expresión contiene tanto una valoración como «padre en potencia» que murió demasiado tempranamente, antes de lograr la paternidad edípica, pero también la dimensión de fracaso de un «padre-como-sí». Para Green, el padre que murió demasiado tempranamente no pudo ser asesinado, sino, en el mejor de los casos, embalsamado para su conservación. Un padre así es, no ya como el fantasma del Hamlet de Shakespeare, sino más bien el fantasma de un fantasma. El sentido, entonces, es que mientras que el adolescente clásico lucha contra un padre que puede volverse un espíritu interno, el adolescente contemporáneo solamente encuentra la sombra de un padre y un espíritu paterno –y, en consecuencia, permanece emocionalmente solo-. Notablemente, D. Thomä (2008) formuló una conexión similar desde una perspectiva más sociológica, apuntando críticamente que los padres y madres del presente

5 N. del T.: Traducción de J. L. Etcheverry. La traducción, así como el número de página, corresponde a: Freud, S. (1992). *Tótem y tabú*. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 13, pp. 1-164). Amorrorru (Trabajo original publicado en 1913 [1912-1913]).

ocupan el lugar de los jóvenes y buscan evadir el envejecimiento apropiado para su generación. Pero volviendo a Green, sugiere que la fantasía protectora del padre muerto, desde la cual se desarrolló nuestra cultura, ha sido remplazada por la destrucción cultural y psicológica con la que nos encontramos hoy. Green propone el siguiente remedio: el perdido padre edípico muerto solo puede ser recuperado a través de una *construcción mental*. Ubica esta construcción mental en dos niveles: habla de la situación analítica como su principal campo de trabajo, pero también realiza comentarios sobre la cambiada comprensión de la paternidad que encontramos en la modernidad. Quisiera presentar brevemente ambas áreas.

En primer lugar, la situación analítica: en ella, el padre edípico es solamente accesible a través de la *ausencia*. Green encuentra esta ausencia en el espacio *entre* un escucha y un receptor que puede resistir la destrucción. En concreto, quiere decir que si el analista no habla al comienzo y escucha en su interior lo que el analizando ha dicho, un espacio necesario emerge: un espacio *entre* la percepción inmediata de lo que es dicho y una representación que solo permite el recuerdo *subsiguiente* en la imaginación. Green ilustra este espacio con la famosa pintura de Miguel Ángel de *La creación de Adán*, que se encuentra en la Capilla Sixtina de la Basílica de San Pedro, en Roma: los rostros de Dios y del hombre enfrentados, mientras sus dedos, que se apuntan, están *separados por un estrecho pero visible espacio*. Esto marca una separación existencial que prohíbe cualquier fusión entre Dios y el hombre. El contacto causaría una explosión. El espacio vacío, sin embargo, deja abierta la posibilidad de pensar sobre la relación sin ninguna amenaza contra la pareja. Esta ausencia presente ahora conduce hacia el padre.

De acuerdo a Green, en la imagen freudiana de la relación tripartita, el padre está en una «posición antisexual» porque, excluido de la inmediatez de la díada placentera, funciona como un *observador* de la escena entre el hijo y la madre. Su visión de esta escena forma un lugar de tercero sobre el que el hijo proyecta todos sus sentimientos de displacer y las limitaciones que se oponen al fantasma de una situación fusional y plenamente satisfactoria con la madre. Para el hijo, el conflicto nuclear es inevitable: al final, sus padres comparten la misma cama. Esto da lugar a un verdadero odio hacia el padre porque su cuerpo gradualmente se interpone entre la

relación fusional de la madre con el hijo y limita el intercambio placentero. De esta manera, el padre comienza a existir como una entidad separada para el hijo, y el hijo también se siente a sí mismo como separado –pero al precio de la pérdida y el terror-. De este modo, el padre crea los puntos de referencia necesarios para una situación de conflicto: al ser quien separa, le permite al hijo, como a sí mismo, ser odiado; odiado por su prohibición de continuar algo no limitado. Al simultáneamente ofrecer su persona como sustituto de la pérdida, el padre se transforma en un Otro que se puede amar y por quien se es amado –de esta forma logra el rol de tercero que también garantiza *protección* (p. 41)-.

Sin embargo, Green no se queda en una mera reformulación de la concepción freudiana, sino que también se orienta hacia la cambiada comprensión del padre en la modernidad. Al hacerlo, se refiere explícitamente al *cuerpo del padre*, cuya naturaleza Green ve –de forma similar a los psicólogos del desarrollo– diseñada para el juego combativo. Sin embargo, marca una diferencia crucial: de acuerdo con la imagen del intersticio, el cuerpo del padre –en contraste con los pechos maternos, proveedores de placer– debe permanecer incluso más *distante para* el hijo para lograr mantener su función de tercero separador y protector, y para crear espacio para la «elaboración imaginativa» de las fantasías edípicas. Green critica a los «nuevos padres», como los teóricos del género, por frecuentemente tomar poco en consideración el sentido específicamente edípico de la paternidad en el contacto físico lúdico con sus hijos. No comprenden suficientemente que un contacto demasiado intenso con el cuerpo paterno es a menudo fuente de culpa y temor. Dice: los padres no son segundas madres ¡y no son compañeros! (p. 43).

Aunque las madres también podrían decir «no», el «no» del padre, que ha tenido que establecer normas y límites, y ha tenido que asegurar que se respeten, viene más desde afuera. Mientras que la madre es la única que tiene contacto carnal-sensual («carnal», p. 37) con los otros dos integrantes del triángulo, el cuerpo del padre se encuentra más alejado del cuerpo del hijo, de forma tal que su «no» tiene un efecto más poderoso. Lo mismo se aplica al analista: una actitud persistente, la protección del encuadre y las interpretaciones, junto con lo que Green llama «líneas axiomáticas de modos de deseo e identificación inconsciente» (p. 43), pueden transfor-

mar al padre, en la situación analítica, en un enigmático tercero que no solamente está él mismo ausente, sino que está ausente *con la madre*. Así, la paradoja siempre permanece del lado del hijo/paciente: cierto monto de *hostilidad* hacia el padre, pero también *confianza* y *amor* hacia el padre, ya que es –precisamente en conexión con esa angosta y firme distancia– un garante de la seguridad.

CONSIDERACIONES COMPARATIVAS Y CONCLUSIONES

Si contrastamos las diferentes conceptualizaciones sobre la paternidad, vemos diferentes énfasis que pueden entrar en conflicto entre sí, tanto en la vida familiar diaria como en la situación clínica. La primera perspectiva, compartida por los psicólogos del desarrollo y los teóricos analíticos de género, enfatiza una *parcialmente temprana* diada padre-hijo dentro del triángulo familiar, en la que el padre aparece como un lúdico entrenador para la exploración, la autonomía y el lenguaje, así como un libidinal promotor de la diferenciación masculino-femenino, que incluye una fluida gama de identificaciones masculino-femeninas. En la segunda perspectiva, hay una defensa ante el padre *edípico* desde el comienzo mismo, y la relación con el padre es concebida *de forma ambivalente* dentro del triángulo familiar. Aquí, el padre aparece, sobre todo, como el generador de distancia, espacio y límites. Con su –en palabras de Green– posición «antisexual», limita la lujuria entre madre e hijo, y establece las normas en su nombre. Por medio de la renuncia requerida, sin embargo, habilita al hijo al ingreso en lo simbólico, registro lingüística y culturalmente mediado.

¿Qué significa esto para nosotros hoy? Creo que una teoría psicoanalítica del padre que quiera hacer justicia con los actuales cambios socioculturales debe poner en discusión estas dos perspectivas, a pesar de las polémicas existentes entre ellas. Debemos distinguir de qué padre estamos hablando: si desde la relación concreta padre-hijo de la vida cotidiana, desde las imágenes del padre imaginado o desde la situación analítica. En cuanto a las relaciones padre-hijo de la vida diaria, me gustaría afirmar que los hallazgos empíricos prueban que la otredad específica del padre y su interacción física con el hijo no tienen el sentido de una duplicación de las interacciones madre-hijo. El cuidado del padre, el alivio en las noches

insomnes, el consuelo tienen una cualidad receptiva independiente. Su jugar, que es disfrutable, promueve la fortaleza y la autonomía en el desarrollo saludable, así como los sentimientos de mutua admiración y orgullo. Es fuente de temprana cercanía y de amor por el padre. La advertencia de Green contra el contacto físico denso de parte del padre en la vida diaria corre el riesgo aquí de convertirse en rígida y de buscar la vitalidad afectiva principalmente a nivel de las representaciones mentales. Las preocupaciones de Green, de todas formas, deben ser compartidas cuando el padre se mueve continuamente en un nivel diádico con su hijo. El cuerpo paterno continúa siendo libidinizante para el hijo solo si el padre simultáneamente continúa en una relación sexual genital con la madre de su hijo y no cruza la línea que limita la consumación del incesto real. Aquí entramos en un terreno conflictivo, porque por supuesto que hay fantasías incestuosas hetero y homosexuales entre los hijos e hijas y sus figuras paternas, las que, como fantasías corporales, enriquecen y fortalecen la vida anímica del hijo. De todas formas, la advertencia de Green de que el juego con el cuerpo paterno también puede disparar sentimientos de culpa en el hijo si hay mucha estimulación sexual debería ser indudablemente escuchada. Es tarea del padre respetar el espacio necesario para el establecimiento de distancia y normas en el contacto. Los hijos adolescentes buscan distancia por iniciativa propia, y el abuso comienza cuando un padre no respeta la búsqueda de distancia de su hijo. Una presencia paterna plenamente desarrollada se basa en el conocimiento de este límite entre el apoyo libidinizante y la posible destrucción incestuosa de las estructuras mentales. Dado esto, sin embargo, los conflictos internos e interaccionales son tan inevitables como las diferentes constituciones afectivas, las que a su vez afectan las fantasías inconscientes de todos. Un padre puede acompañar a su hijo de la mejor manera cuando puede enfrentar ambos polos de su posición dicotómica, es decir cuando, dependiendo de la situación, puede recurrir a una cercanía lúdica del cuerpo y también mantener los límites corporales.

Esto es aun más cierto cuando observamos los procesos psicoanalíticos y el padre que emerge en la transferencia. Aquí también el analista se encuentra en conflicto necesario de facilitar un contacto de apoyo lujurioso o de límite combativo, dependiendo de la situación. Como analista,

es un Otro en la medida en que finalmente observa desde una posición edípica de *tercero* y somete todo lo que emocionalmente experimenta de forma intensa a un constante proceso de reflexión. El padre edípico se instala para establecer el espacio para pensar una y otra vez, sin perder su vitalidad afectiva. En otras palabras, en el proceso analítico resulta útil que el analista como padre edípico preste atención repetidamente a los momentos en que se da, y de qué forma, que también hable y actúe como un padre preedípico. Al hacerlo, el momento de extrañeza repetidamente irrumpe en el sentimiento de familiaridad y causa necesariamente un sentimiento de decepción en ambos participantes, que incluso puede conducir a reacciones hostiles. Sin embargo, al poder concebirse como un padre muerto, el analista es capaz de abstenerse de actuar sus propios impulsos agresivos o sexuales. En su lugar, la alternancia de sus propios procesos afectivos y de pensamiento hace posible la interpretación, al servicio de la vitalidad del paciente.

Una vez más, en cuanto a la dimensión cultural: afortunadamente, en las últimas décadas, las habilidades de sostén físico tierno de parte del padre han recibido más atención en la sociedad occidental, así como en el psicoanálisis. Esto representa un gran progreso cultural y social. En las sombras de este progreso, sin embargo, la función edípica estructurante del padre amenaza con desaparecer. En otras palabras, en la actualidad parece haber un problema especial para combinar las funciones de sostén temprano del padre con la función protectora del padre edípico. Esto no solamente se corresponde con mi propia práctica clínica, sino que me veo aquí acordando con otros colegas analíticos que a veces describen la falta de internalización de una estructura paterna en jóvenes varones (Damasch, 2008, 2009) o a veces la evitación de la paternidad en varones adultos (Metzger, 2006). Otros fenómenos sociales, tales como la violencia juvenil excesiva o el aumento en la inseguridad del apego, especialmente en hombres, también pertenecerían a esta área. Sin querer presentar un resultado apresurado o en corto circuito, las descripciones de los jóvenes simpatizantes del terrorismo a las que he tenido acceso apuntan en la dirección de una representación del padre o bien despóticamente deformada, o bien decepcionante y débilmente desarrollada, sobre la que luego se actúa o la que se busca en el grupo militante (Kaddor, 2015; Schirra, 2015).

Este aspecto solamente puede ser esbozado acá, pero parece requerir más atención e investigación.

La ya difícil presencia paterna amenaza con fracasar cuando la necesaria tensión conflictiva entre la función de sostén y la de límite del padre es negada, y uno de los extremos se vuelve monopolítico, para desventaja del otro. Creo que una reformulación del concepto de Green de la «posición antisexual» del padre sería de utilidad aquí. Green efectivamente se refiere al deseo sexual de la madre y el hijo, pero si el padre hace una contribución significativa a la vitalización del hijo con su propio cuerpo, no puede ser antisexual. Por el contrario, el padre ayuda al desarrollo del espacio interno triádico del hijo al mantenerse en una conexión sexual amorosa con su madre, y en su contacto lúdico lujurioso con su hijo, mientras habilita las fantasías sexuales, puede mantener sus propios límites. A este respecto, prefiero hablar de una «posición antiincestuosa» del padre. La expresión combina la importancia de lo lúdico paterno y mantiene la tensión conflictiva entre los dos polos. El padre es entonces un extraño familiar (Blass, 2011). La «posición antiincestuosa» incluye la autorrestricción paterna y su renuncia a permanecer inmortal en la necesaria confrontación edípica. La tarea más difícil de las figuras paternas y de los analistas es la paradoja de enfrentar la lucha edípica y al mismo tiempo reconocer la norma generadora de tener que ir desapareciendo ellos mismos cada vez más hacia un segundo plano, sabiendo que su futuro se encuentra en la gradual distancia de su propio juego juvenil. En un plano inconsciente, esto significa ser capaz de dejarse matar, pero físicamente seguir vivo, no como un fantasma, sino como un ancestro respetado y quizás amado (Loewald, 1960, p. 29).

NUEVAMENTE CON EL SR. A, Y LA CONCLUSIÓN

Finalmente, me gustaría volver al Sr. A. Hablé de su necesidad de protección paterna a nivel edípico luego de haber buscado inicialmente la armonía conmigo. Con la armonía se había conectado con una protección paterna temprana, pero no le era suficiente como para sentirse una persona independiente y vital. Tenía que luchar conmigo para ver si yo lo tomaba en serio y lo reconocía, aun en sus discordantes deseos agresivos. Se volvió cada

vez más provocador y dudaba de mi habilidad para ofrecerle orientación. Repetidamente describió el análisis como un procedimiento de resultado incierto, se sintió obstaculizado en su desarrollo por la frecuencia de cuatro sesiones semanales y relataba sueños en los que daba muerte a seres horribles, pero aún no se sentía libre. Mis interpretaciones de que quería deshacerse de mí, pero no estaba seguro de que eso realmente ayudara, no parecían alcanzarlo y permanecían algo rancias, incluso para mí. Un día vino a sesión molesto y describió una discusión con un conductor de edad que se había puesto en su camino mientras él andaba en bicicleta, y sentía que lo había puesto en peligro. Le había gritado al hombre, que a su vez le devolvió el grito, y la discusión se había intensificado más y más. De pronto se sintió superado, apuntó su dedo índice a la cabeza del viejo y gritó desde las profundidades de su panza: «¡Que infartes!» [*Stroke!*]. Puso el grito «¡Que infartes!» en la sesión como una fanfarria. Sonriendo con curiosidad, agregó que después se había sentido atemorizado. Yo también me sentí sorprendido por la llamativa [*striking*] fuerza de su insulto y necesité algo de tiempo para lograr orientarme emocionalmente –sabiendo que el deseo de muerte estaba en última instancia dirigido a mí-. Me sentí afectado, pero con algo de distancia de la escena, encontré igualmente creativa su asesina exclamación. Recordé la escena de la persecución con la explosión de rabia y la huida de su padre, y después de un corto silencio, le dije algo parecido a la siguiente interpretación: «Hay una poderosa fortaleza en usted y logro sentir lo que puedo esperar de usted si me atravieso en su camino, pero también escucho su esperanza de que me quedará de todas formas y mantendré una cabeza despejada para su análisis». Después de un silencio más largo, el Sr. A empezó a llorar. La razón que me dio era que no sabía ser tomado en serio de esta forma. En sesiones posteriores pudo mostrarse más abiertamente enojado conmigo y, sin embargo, aceptar que yo no cediera a sus intentos por cambiar el encuadre y la frecuencia de las sesiones. Al reconocer su poder agresivo, pero resistir los impulsos (auto)destructivos, sus estados de ánimo depresivos desaparecieron y se sintió más vital. Desde la perspectiva de la presencia paterna, veo que la relación analítica padre-hijo había reconocido y transformado la relación padre-hijo preedípica. Con la representación interna de un padre amado, atacado, pero no destruido como tercero, el Sr. A pudo continuar viviendo de manera más segura.

Como analistas frecuentemente trabajamos con esta forma o con formas similares de conflictiva interna. Podemos hacer nuestra contribución a una presencia paterna sostenible en la sociedad actual si repetidamente hacemos de la inevitablemente necesaria tensión entre el sostén tierno y el sostén limitante un tema de discusión. ♦

BIBLIOGRAFÍA

- Abelin, E. L. (1971). The role of the father in the separation-individuation process. En J. B. McDewitt y C. F. Settlage (ed.), *Separation-individuation* (pp. 229-252). International Universities Press.
- Abelin, E. L. (1975). Some further observation and comments on the earliest role of the father. *International Journal of Psycho-Analysis*, 56, 293-302.
- Blass, H. (2011). Der Vater als vertrauter Fremder. *AKJP*, 151(3), 369-388.
- Blos, P. (1985). *Son and father: Before and beyond the Oedipus complex*. Free Press.
- Brehm, U., Huebener, M. y Schmitzet, S. (14 de diciembre de 2022). *5 Jahre Elterngeld*. https://www.bib.bund.de/Publikation/2022/pdf/15-Jahre-Elterngeld-Erfolgeber-noch-Handlungsbedarf.pdf?__blob=publicationFile&v=2
- Damasch, F. (2008). Die Krise der Jungen: Statistische, sozialpsychologische und psychoanalytische Aspekte (pp. 9-28). En F. Dammasch (ed.), *Jungen in der Krise: Das schwache Geschlecht? Psychoanalytische Überlegungen*. Brandes & Apsel.
- Damasch, F. (2009). Der Junge ohne väterliche Struktur. En R. Haubl, F. Dammasch y H. Krebs (ed.), *Riskante Kindheit: Psychoanalyse und Bildungsprozesse*. Göttingen (pp. 49-66). Vandenhoeck & Ruprecht.
- Diamond, M. J. (1997). Boys to men: The maturing of masculine gender identity through paternal watchful protectiveness. *Gender and Psychoanalysis*, 2, 443-468.
- Freud, S. (1999). Totem and taboo. En J. Strachey (ed.), *The standard edition of the complete psychological works of Sigmund Freud* (vol. 13). Vintage. (Trabajo original publicado en 1913 [1912-1913]).
- Freud, S. (2001). Civilization and its discontents. En J. Strachey (ed.), *The standard edition of the complete psychological works of Sigmund Freud* (vol. 21). Vintage. (Trabajo original publicado en 1930 [1929]).
- Gaschke, S. (4 de octubre de 2015). Die Generation der Supervater. *Welt am Sonntag*, 4(40), 2-3.
- Green, A. (2009). The construction of the lost father. En L. J. Kalinich y S. W. Taylor (ed.), *The dead father: A psychoanalytic inquiry* (pp. 23-46). Routledge.
- Harris, A. (2009). Fathers and daughters. En B. Reis y R. Grossmark (ed.), *Heterosexual masculinities: Contemporary perspectives from psychoanalytic gender theory* (pp. 189-215). Routledge.
- Herzog, J. M. (1994). Patterns of expectant fatherhood: A study of the fathers of a group of premature infants. En S. H. Cath, A. R. Gurwitt y J. M. Ross (ed.), *Father and child*. Routledge.
- Kaddor, L. (2015). *Zum Töten bereit: Warum deutsche Jugendliche in den Dschihad ziehen*. Piper.
- Klein, M. (1998). *Gesammelte Schriften* (vol 2.). Frommann-holzboog. (Trabajo original publicado en 1932).
- Lacan, J. (1966). Funktion und Feld des Sprechens und der Sprache in der Psychoanalyse. En J. Lacan, *Schriften 1* (pp. 71-169). Walter-Verlag. (Trabajo original publicado en 1953).

- Laplanche, J. (2011). *Nouveaux fondements pour la psychanalyse*. PUF. (Trabajo original publicado en 1987).
- Loewald, H. W. (1960). On the therapeutic action of psycho-analysis. *International Journal of Psychoanalysis*, 41, 16-33.
- Meltzer, D. y Harris Williams, M. (2008). *The apprehension of beauty: The role of aesthetic conflict in development, art, and violence*. Karnac. (Trabajo original publicado en 1988).
- Metzger, H.-G. (2006). Das Erlebnis der Vaterschaft und die Angst vor der frühen Kindheit. En F. Dammasch y H.-G. Metzger (ed.), *Die Bedeutung des Vaters* (pp. 313-332). Brandes & Apsel.
- Metzger, H.-G. (2013). Fragmentierte Vaterschaften: Über die Liebe und die Aggression der Vater. Brandes & Apsel.
- Ogden, T. (1989). The primitive edge of experience. Jason Aronson.
- Rotmann, M. (1978). Über die Bedeutung des Vaters in der «Wiederannäherungsphase». *Psyche*, 32, 1105-1147.
- Schirra, B. (2015). *ISIS: Der globale Dschihad*. Econ.
- Seiffge-Krenke, I. (2001). Väter und Söhne, Vater und Töchter. *Forum Psychoanal*, 17, 51- 63.
- Thomä, D. (2008). *Vater: Eine moderne Heldengeschichte*. Hanser.
- Tönnies, S. (30 de agosto de 2009). Männer zu Vatern. *Frankfurter Allgemeine Sonntagszeitung*, 35, 11.
- Winnicott, D. W. (1984). *Kind, Familie und Umwelt*. Reinhardt. (Trabajo original publicado en 1964).